



BETHARRAM en América

BETHARRAMITAS: PEREGRINOS EN LA ESPERANZA, CAMINANDO JUNTOS

Memoria, gratitud y esperanza con San Miguel y sus primeros compañeros

"Dios decidió hacerse amar y nos envió a su Hijo... Cuando entró en el mundo, animado por el Espíritu del Padre, se entregó a todos sus designios...". "¡Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad!" Comenzó su carrera con este magnífico gesto que será definitivo... ¡Así nos amó Dios!". Ante este espectáculo prodigioso, los Padres de Bétharram se sintieron impulsados a consagrarse por completo, a través de los votos, a la imitación de Jesús, aniquilado y obediente, y a la tarea de obtener para otros tal felicidad, bajo la protección de María, la criatura mejor dispuesta para todo lo que Dios quiso y siempre la más sumisa a todo lo que Dios hizo".

Parte del Manifiesto

En el mes en que celebramos la fiesta de la Natividad de María, cuando la esperanza se renueva con el misterio del nacimiento, **celebramos también el surgimiento de una congregación religiosa** marcada por el servicio y el amor, bajo el impulso generoso del corazón de Jesús: la familia betharramita.

Fue en este tiempo de promesa y humildad, a orillas del río Gave, que San Miguel Garicoïts, movido por el Espíritu Santo, reunió a su alrededor a algunos hermanos de corazón generoso. Juntos, respondieron a la llamada del Evangelio, abrazando el camino de la obediencia, la sencillez y la disponibilidad, en un espíritu de fraternidad fecunda. Así nació la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram, inspirada por el "¡Aquí estoy!" de Jesús y el "Yo soy la esclava del Señor" ("Ecce ancilla"), de María, y por el ardiente deseo de ser una presencia viva del amor de Cristo en el mundo. Los primeros hermanos, junto a San Miguel, fueron el P. Guimón, un hombre de temperamento fogoso y reacciones desconcertantes sin embargo, de una simpatía excepcional junto con una capacidad de entrega que raya en el heroísmo.



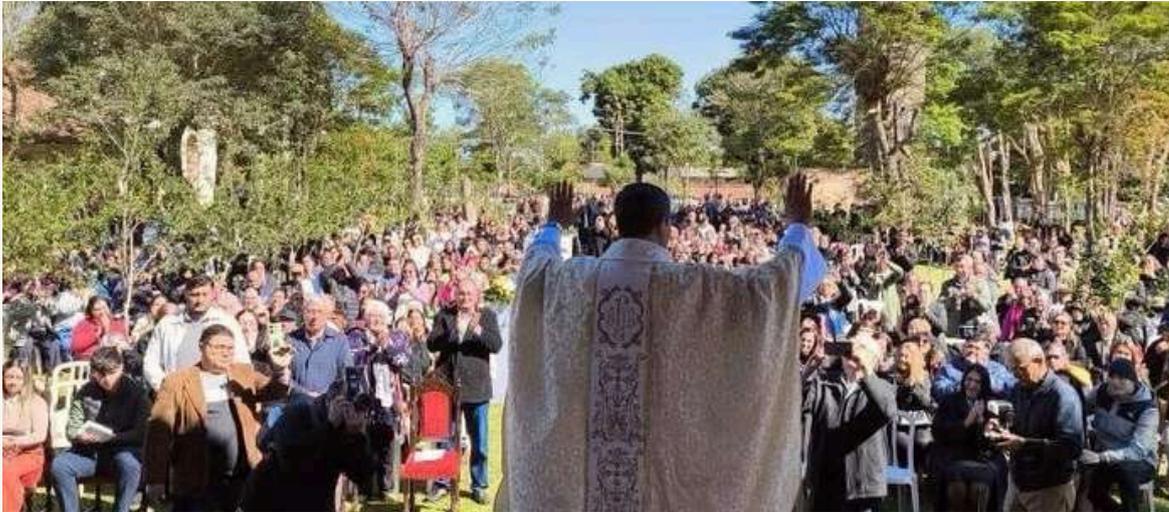
Dos años después, el P. Chirou que esperó durante más de un año el permiso de su obispo. Pronto vendrán otros. En 1835 hay seis Padres en Bétharram. Constituyen una pequeña comunidad sin ningún protocolo. Adoptaron la regla de los misioneros diocesanos que no tenía nada que ver con una regla de vida religiosa. Esta primera comunidad plantará semillas que florecerán en el servicio humilde, la dedicación a los más débiles y la disponibilidad misionera.

Hoy, la congregación presente en nuestra Región se asemeja a sus orígenes. Somos pocos, un número considerable de religiosos ancianos, jóvenes sobrecargados de trabajo y muchas frentes de trabajo y misión. Es un tiempo de renovación, de fijar la mirada en lo que nos une y nos identifica como familia religiosa.

Que la valentía de los inicios y la alegría de caminar juntos nos inspiren a vivir una renovación interior para seguir dedicando nuestro apostolado a los más débiles y con disponibilidad misionera. Y como los primeros compañeros de San Miguel Garicoïts, seamos portadores de esperanza dondequiera que seamos enviados.

P. Davi Lara, scj . Superior Regional

PARAGUAY ●●●●● NUEVO PRESBITERO



Sacerdote, llamada a una vida de entrega plena y feliz renuncia

Después de 11 años en la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram, al acercarse el momento de mi ordenación presbiteral, recordaba las palabras que me dijo un sacerdote pocos días después de mi entrada al noviciado: *“La ordenación llega después de mucho tiempo de preparación y entonces uno se da cuenta de que nunca estará preparado para ella”*. Este sentimiento lo viví en esos días previos de mi ordenación, donde la alegría, la emoción y la ansiedad se apoderaban de mí, pero la consolación de ese Dios que me llamó y me regaló esta vocación, se hacía presente, en las personas que no cesaban de mostrarme su cercanía transmitiéndome fuerza y ánimo, y otros enviándome mensajes de aliento.

Unos días de retiro previo a la ordenación me han ayudado a poner palabras a una intuición que he ido viviendo estos años. Y es que, la vocación religiosa y sacerdotal (como toda vocación cristiana) no se basa en una búsqueda de la felicidad personal o de la realización humana, sino más bien un camino de conformación y configuración con el Dios de Jesucristo, desde una plenitud que no se acerca demasiado a aquella que deseamos de manera natural. También venía a mi memoria, un pensamiento que leí en una de las cartas de nuestro padre fundador, San Miguel Garicoits, que decía que el edificio de nuestra perfección será siempre imperfecto. Los mismos santos tuvieron defectos. Jesucristo es el único que siguió perfectamente la regla de la caridad. Él mismo es la regla de toda regla: *via, veritas et vita* (camino, verdad y vida) (Jn. 14, 6). Hay que correr por este camino, andarlo, o, al menos, arrastrarse por él.

Y que mejor que caminar acompañado de hermanos que beben de la misma fuente. Esto lo sentí unos días antes, con los misioneros que generosamente viajaron de todas las comunidades betharramitas para acompañarme; misioneros cargados de esperanza, que dejaron sus casas y sus familias para ir a compartir la fe con la gente de mi pueblo; un tiempo de gracia tanto para los misioneros como para las comunidades que visitaron en esos días.

Cuánto tengo para agradecer a ese Dios que posó su mirada en mí para esta misión. A un mes de mi ordenación presbiteral, desde mi propia experiencia de vida religiosa, también intuyo que en el sacerdocio no encontraré la realización humana que podría hallar desde otra opción de vida.

Creo que la vocación religiosa y sacerdotal hablan de la entrega de la vida y de las propias capacidades a una realidad mayor que el proyecto personal, como es el Reino de Dios, que no está ni aquí ni allí, porque está en medio de nosotros (cf. Lc 17, 21). Un Reino que es tan palpable como inalcanzable, tan de la Tierra como del Cielo. Un Reino que se construye desde la entrega alegre de la vida, desde la renuncia feliz, que integra nuestros enfados y decepciones cuando no entendemos por qué debemos hacer las cosas o donde nos lleva la vida. Un Reino que se descubre naciendo en cada paso de nuestra peregrinación. Un Reino que es ofrenda del pan y del vino (de nuestro trabajo), que Dios transforma en su Cuerpo y en su Sangre.



Por ello, creo intuir que el sacerdocio no será esa felicidad de la que a veces hablamos cuando damos testimonio vocacional, ni tampoco la que aparece en los bailes y euforias que se publican en las redes sociales. No, se trata más bien de un entender la vida desde una entrega, llamada a trascender nuestros traicioneros estados de ánimo, comprendiendo que se trata de algo más grande. En el fondo, la vida de Jesús fue una entrega total y feliz de sí mismo, pero sería ingenuo imaginar que, en el momento de la Última Cena, al lavar los pies a sus discípulos y partir con ellos el pan, lo hiciera con la euforia con la que nosotros a veces hablamos de nuestra entrega. Esta felicidad, esta entrega sacerdotal de la vida, tiene que ver más con ese “amar hasta que duela”, del que hablaba santa Teresa de Calcuta. Con una felicidad profunda, discreta y capaz de encajar incluso aquellos momentos en los que nuestras fuerzas nos piden abandonar todo, pero la voz de Dios en nuestro interior, y el clamor del mundo, nos llaman a seguir entregándonos con Cristo junto al “pan y el vino”.

Es fácil hablar de unas realidades tan profundas como estas a pocos días de mi ordenación sacerdotal, cuando todo está inundado por la consolación, la alegría y la ilusión. Por eso, mi primera petición, sería que, cuando lleguen los nubarrones de la vida y me sienta cansado y desanimado, pueda recordar estas palabras y vivencias, y experimentar que son la verdad de mi vida, trascendiendo incluso mi estado de ánimo. Pero, con todo, creo que la petición más importante, en este tiempo de luna de miel de mi nuevo ministerio, es la de que mi vida sea cada vez más conformada y configurada con Cristo desde la entrega, trascendiendo incluso mi estado de ánimo a Dios y a los demás (en especial de aquellos que experimentan cualquier tipo de pobreza). Esto es algo que pido de corazón y con emoción, haciéndome eco de las palabras de San Miguel Garicoïts que entendía el sacerdocio como un instrumento pobre y humilde de la Divina Providencia, un amor al corazón de Jesús y un servicio al pueblo sacerdotal al que también pertenecía.

En el comienzo de mi vida sacerdotal este es el ideal al que aspiro cada día: dejarme moldear por el corazón de Jesús, el buen Pastor, sin olvidar nunca que el ministerio que se me ha confiado no es algo mío, porque ser sacerdote no es ni un derecho ni una profesión clerical, sino que es un ministerio referido a nuestro Señor Jesucristo y a los hombres; un servicio que lleva a plenitud mi existencia, configurándome con Cristo Sacerdote en el envío que la Iglesia hace conmigo para que sirva y acompañe a su Pueblo con mi **¡Aquí estoy!** de todos los días, **sin reserva, sin demora y haciendo todo por amor más que por cualquier otro motivo, como todo buen betharramita.**

P. Oscar Mendoza, scj
Vicariato del Paraguay (VIPAR)

PARAGUAY ● ● ● ● ● MISIÓN DE LA ESPERANZA



Misión de la esperanza en San José de los Arroyos - Paraguay. Preparación para la ordenación presbiteral del Hno. Oscar Mendoza, scj.

Les compartimos un testimonio de una coordinadora de una de las capillas visitadas durante los días de misión en la comunidad de origen del Padre Oscar, los días 8, 9 y 10 de agosto. Trata-se del testimonio de Inés León, coordinadora de la Capilla Santa Librada, de la ciudad de San José de los Arroyos, interior del Paraguay.

Desde que recibimos la noticia de que llegarían personas de otras localidades, para acompañarnos en ocasión de la ordenación sacerdotal de nuestro compueblano, el ahora Presbítero Óscar Mendoza, perteneciente a la Congregación de los Padres Betharramitas, congregación que hasta entonces muchos desconocíamos, tuvimos la gracia de conocer más de cerca la historia, identidad y misión evangelizadora de esta familia religiosa.

El pasado 8 de agosto, recibimos con mucha alegría la visita de las misioneras Mariella y Adriana, dos mujeres de fe profundamente sencillas, humildes y entregadas. La comunidad esperaba con entusiasmo la llegada de ambas, y nos organizamos con esmero para acogerlas según nuestras posibilidades. Ese mismo día por la tarde, celebramos juntos la Celebración de la Palabra, en la cual ellas compartieron sus testimonios de vida. Sus palabras nos conmovieron profundamente, llevándonos a valorar con mayor gratitud el don de la vida y de la familia.

En el segundo día de misión, desde tempranas horas, iniciamos la visita a las familias de la comunidad, a pesar del frío intenso. Fue admirable ver cómo las personas se abrían con confianza, compartiendo sus dolores, dificultades y sufrimientos, encontrando en las misioneras una escucha atenta y cercana. Ese mismo día contamos también con la bendición de la presencia del Padre Crispín, quien visitó a los enfermos, administrándoles el sacramento de la Unción de los Enfermos, signo de la ternura y misericordia de Cristo. Al mediodía compartimos un fraterno almuerzo, y por la tarde proseguimos con el recorrido de las casas, concluyendo la jornada con la celebración de la Santa Misa.

Finalmente, en la mañana del domingo, nos preparamos para despedirlas con el corazón lleno de gratitud y nostalgia, pues, aunque su estadía fue breve, dejaron una huella imborrable en nuestra comunidad. Ese mismo día, con inmensa alegría, celebramos la ordenación sacerdotal de un nuevo ministro de Cristo para la Iglesia.

Queremos dar gracias a Dios y a la Virgen de Betharram por habernos regalado la presencia de estas misioneras, quienes, con su testimonio alegre, dinámico y lleno de fe, renovaron en nosotros el espíritu y la esperanza cristiana. Nos sentimos muy bendecidos por haber compartido con ellas este tiempo de misión y pedimos al Señor que pronto podamos volver a recibir las en nuestra comunidad.

Queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento a los Misioneros Betharramitas por compartir con nuestra comunidad la alegría de la esperanza.

En nombre de la Comunidad Santa Librada de la Parroquia San José Esposo, elevamos nuestra oración de gratitud y pedimos a Dios que colme de bendiciones a la Congregación Betharramita, para que continúe sirviendo con fidelidad a la Iglesia y al Pueblo de Dios.

Inés León (Capilla Santa Librada)

BRASIL ●●●●● NOVICIADO

Desde mi llegada a Brasil, el pasado 6 de mayo, experimenté un profundo sentido de acogida fraterna por parte de mis hermanos betharramitas del vicariato del Brasil. Ese mismo día se dio inicio a la reunión del vicariato, la cual marcó la culminación de la visita canónica del superior regional. Dicho encuentro constituyó una instancia de comunión y discernimiento comunitario, en la cual tuve la oportunidad de conocer a la mayoría de los miembros del vicariato. Uno de los momentos más significativos de la jornada fue la celebración del ministerio del lectorado recibido por el hermano Benito. Como conclusión del encuentro, participamos en la solemne Eucaristía celebrada en la Catedral Basílica de Nuestra Señora Aparecida, centro espiritual y mariano de Brasil, lo cual revistió al acontecimiento de un profundo valor simbólico y eclesial.



Mi llegada a la comunidad de Sabará, el 14 de mayo —día en que conmemoramos a nuestro fundador, San Miguel Garicoits, y el 27º aniversario de ordenación sacerdotal del padre Gilberto Ortellado— estuvo enmarcada en un clima de celebración y gratitud.

La casa donde residen los padres se caracteriza por un espacio íntimo y acogedor, que facilita la cercanía interpersonal y la fraternidad cotidiana. A diferencia de la amplitud de la casa de formación en Adrogué, en la comunidad, el encuentro con el otro se da de manera inmediata y casi espontánea, configurando una experiencia distinta de la vida comunitaria.

En el ámbito pastoral, estoy colaborando activamente en la parroquia, especialmente en la formación de los jóvenes que se preparan para recibir el sacramento de la confirmación. Asimismo, acompaño al grupo juvenil carismático denominado Fogo Abrasador, donde la vivencia de la fe se expresa con particular entusiasmo y dinamismo. Mi servicio litúrgico incluye las funciones de acólito, lector y animador en las celebraciones de la Palabra, lo que me permite fortalecer no solo mi disponibilidad al servicio eclesial, sino también mis competencias en el idioma portugués, integrando la dimensión espiritual con la interculturalidad.

De igual manera, estoy profundizando en el conocimiento de la cultura brasileña mediante la participación en manifestaciones religiosas populares, como la fiesta de los congados. Estas expresiones, nacidas en el contexto histórico de la esclavitud, evidencian la resistencia cultural y la búsqueda de dignificación de la fe cristiana por parte de los afrodescendientes. En ellas se entrelazan elementos de religiosidad popular, memoria histórica y fuerte identidad comunitaria. También me impresiona la arraigada devoción mariana que atraviesa todos los sectores sociales, tanto en jóvenes como en adultos, constituyéndose en un pilar fundamental de la espiritualidad brasileña.

Una de las experiencias más significativas fue la peregrinación con el grupo juvenil EJC (Encuentro de Jóvenes con Cristo) al Santuario de Nuestra Señora de la Piedad, ubicada en la cima del monte de la Piedad, a casi dos mil metros de altitud. El ascenso, cargado de simbolismo, fue ocasión de oración, fraternidad y contemplación. En la cumbre, compartimos un momento de adoración Eucarística, concluyendo la peregrinación con la celebración de la Santa Misa presidida por el arzobispo de Belo Horizonte, Mons. Walmor Oliveira de Azevedo, lo que imprimió un carácter diocesano y de comunión eclesial a la experiencia. Finalmente, este período me está permitiendo asimilar de manera concreta lo que significa la vida comunitaria fuera del seminario y la praxis pastoral en el contexto parroquial. Gracias al acompañamiento de mis hermanos de comunidad, el P. Marcelo Rodrigues y el P. Gilberto Ortellado, así como el testimonio de los laicos comprometidos, voy aprendiendo a conjugar el carisma betharramita con las realidades pastorales de la Iglesia local. En ellos descubro un vivo testimonio de devoción mariana, disponibilidad misionera y servicio abnegado al Pueblo de Dios, elementos que enriquecen mi formación y consolidan mi vocación.

Hno. Osvaldo David Cristaldo Novicio de segundo año

ARGENTINA | BRASIL ●●●●● NOVICIADO

Hace cuatro meses llegué de la Casa del Noviciado (Buenos Aires, Argentina) a la comunidad religiosa de Nova Fátima (Bahía, Brasil), para vivir un tiempo de comunidad e inserción pastoral. Desde el primer día me di cuenta de que no solo estaba cambiando de país, sino también de cultura, ritmo y forma de vivir la fe. Venía de una rutina bien estructurada de una casa de entrenamiento, donde los horarios, los espacios y las tareas estaban claramente definidos. Cuando llegué aquí, todo se volvió más abierto, más flexible, otra dinámica. Al principio fue un cambio grande y sorprendente, pero pronto entendí que esta experiencia es una oportunidad para aprender, crecer y descubrir nuevas formas de estar con la gente y, al mismo tiempo, estar con los hermanos de la comunidad, quienes desde el primer día me mostraron cariño, acompañamiento y compañerismo. Me hizo sentir como en casa y me dio la seguridad para adaptarme a esta nueva realidad.



Una de las cosas que más me impresionó desde el principio fue la fe de la gente. Aquí la gente vive su religiosidad con fuerza, devoción y gran sencillez en su vida cotidiana y en cada celebración, y más aún en las fiestas patronales. Las Misas son alegres, participativas, llenas de cantos, con una fuerte devoción a los santos y un profundo respeto por la Eucaristía. En particular, me sorprendió la participación activa de los jóvenes: no solo miran, sino que también leen, cantan, ayudan en el altar, participan en actividades con un gran sentido de pertenencia y, además, animan la vida eclesial a través de una pastoral comunicativa en las redes sociales. Esta presencia tan viva y comprometida me llenó de esperanza y me mostró que la fe sigue tocando el corazón de las nuevas generaciones. Ver y, en cierto modo, formar parte de él me ayudó a sentir que mi camino vocacional también tiene sentido y que puedo aprender mucho de la vida sencilla, segura y esperanzadora de la gente.

De la misma manera, la fe de las personas que trabajan en el campo se ha convertido en una verdadera escuela para mí. Me enseñan a estar simplemente dispuesto a la vida, a ser un peregrino de esperanza y a confiar en Dios en mi vida diaria. Observar cómo viven, cómo se relacionan con la comunidad y cómo valoran la oración me hace abrir mi corazón y descubrir que lo sagrado está presente en lo sencillo.

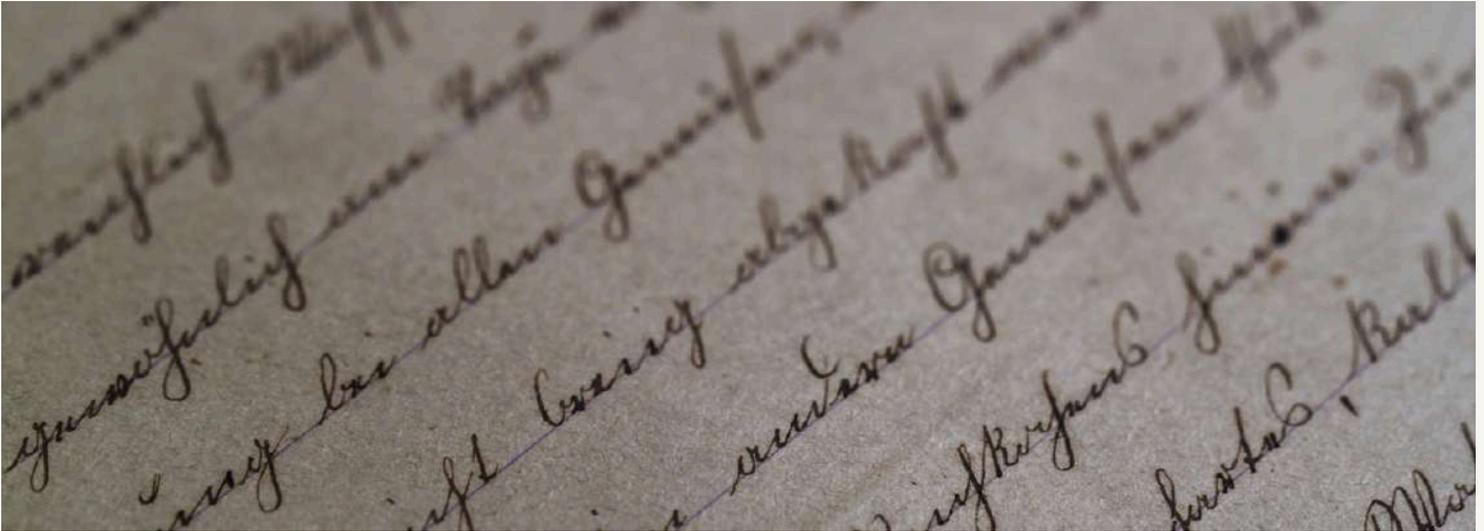
Acompañar las Misas en las comunidades y participar en algunas actividades propias de la Diócesis y la Parroquia, como la Semana Misionera Diocesana, la visita de la Cruz Peregrina, el Luau con los jóvenes... Estoy aprendiendo a estar con la gente y a escuchar. Al principio pensé que estaba haciendo poco, pero luego descubrí que mi presencia anima, da esperanza y es un regalo para la gente; Lo valoran, lo cuidan y me enseñan que estar disponible, simplemente ser, también es un servicio lleno de significado. Esta experiencia me permitió comprender que la misión se lleva a cabo no solo con palabras o acciones visibles, sino también con presencia, atención, escucha y un corazón vuelto hacia los demás.

Por otro lado, esta aventura trae importantes desafíos, como el idioma y la dinámica de la vida comunitaria. Al principio fue difícil entender el portugués bahiano a una velocidad natural y pasar de la estructura de la casa de formación a la dinámica de una comunidad pastoral me desorientó un poco. Sin embargo, poco a poco me he adaptado a escuchar y comprender, y ahora poco a poco estoy aprendiendo a expresarme. Cada pequeño paso ha sido una experiencia de aprendizaje de paciencia, disponibilidad y crecimiento personal. Sinceramente, esta experiencia ha sido un regalo que me ha ayudado a profundizar mi vocación, a madurar como persona y a fortalecer mi deseo, vínculo y comunicación con el Señor. Por esto quiero dar gracias a él, que es Amor, Maestro y Compañero en el camino, y también a la Congregación. Que esto me ayude a seguir creciendo como discípulo disponible, como lo fue San Miguel Garicoits, y a aprender cada día a vivir la fe con sencillez, alegría y esperanza.

Ir. Fredy Trinidad Alcaraz Novato de segundo año



CORRESPONDENCIA Padre Augusto



Una pequeña reflexión del P. Etchecopar

¿De dónde vamos a sacar esta mansedumbre, esta obediencia, que exige un sacrificio constante?

_ En el amor de Jesucristo.

_ En el Corazón de Jesucristo.

"¡Cuando amas a Jesucristo, te vuelves manso, desinteresado, obediente!"

Cuando mira a sus hermanos y hermanas en el Corazón de Jesucristo, que los lleva, que los ama, que los sostiene, que los mira con buenos ojos y que se entrega a ellos, si los soporta fácilmente, si los ama, si los ama con un amor que nada puede debilitar.

Y cuando ve a sus superiores en el Corazón de Jesucristo, obedientemente con una disponibilidad filial y alegría...

Por lo tanto, refugiémonos todos los días en ese Corazón que siempre está abierto a todos, pero sobre todo a nosotros, sus hijos amados.

Arrojémonos a ese Corazón, o, mejor dicho, **establezcamos allí nuestra morada**; Jesús lo permite y lo quiere, y qué bueno y agradable es vivir en este Corazón

A handwritten signature in cursive script, likely belonging to Padre Etchecopar. The signature is written in dark ink on a light background. It is a stylized, flowing script that is difficult to read in detail but clearly identifies the author.